

## Teoría de la Planificación Obrera (TPO)

### CURSO (PROGRAMA)

#### Introducción al *TEXTUCITO*

Queridos compañeros. La Economía Política , escribió una vez Carlos Marx, “es la Anatomía de la Sociedad Civil.”

Debemos estudiarla, si queremos comprender la estructura de esta sociedad y su historia, y encontrar el camino en el escenario de la lucha de clases.

Preparé los textos que siguen para explorar junto con ustedes la Teoría de la Planificación Obrera (TPO).

Les propongo debatir estos textitos en nuestras reuniones de estudio. Tratemos de identificar las diferencias de opinión, y de re-trabajarlas: es conveniente resumir las posiciones defendidas, consignándolas preferiblemente por escrito, para volverlas a discutir más adelante.

No aspiremos a dirimir de inmediato las cuestiones que se nos presentan, ni nos apresuremos a ponernos de acuerdo sobre ellas. A medida que el curso de TPO progrese hacia conceptos más avanzados, algunas opiniones cambiarán, todas se enriquecerán. La aspiración de la ciencia es dejar de ser opinión.

Pero el comienzo es la opinión, y el primer paso para superarla es defenderla. Es importante que cada compañero, después de considerar seriamente otro punto de vista, procure seriamente articular el suyo, tan consecuentemente como sea posible. La defensa honesta de la opinión nos liberará de la opinión. ¡Que nadie “compre el violín” hasta que le saque música!

\*

Estos textos componen un libro pequeño, que bautizo con el nombre: *Textucito*.

El título remeda el apodo que le pusieron los estudiantes de medicina al opúsculo que resume el imponente tratado de Anatomía Humana de L. Testut. Lo llaman, cariñosamente, "Testucito". Estudiándolo, el futuro médico alcanza pronto una cierta familiaridad con los elementos de la anatomía, y una primera visión del objeto de esa ciencia.

Nuestro *Textucito* tiene un propósito a la vez semejante y opuesto al de aquél. Semejante, porque también brinda una idea de conjunto de una ciencia particular (la economía política, en nuestro caso), y del objeto de esta ciencia (el sistema de producción capitalista). Pero en un sentido importante, la finalidad del *Textucito* es distinta, e incluso opuesta. Porque no ofrece los rudimentos de un saber que se supone ya establecido, como la anatomía; en cambio, quiere despertar conceptos, y ponerlos en marcha. No trata de "impartir" la verdad científica consagrada, *sino de criticarla*.

\*

La TPO quiere retomar la *crítica de la economía política* iniciada por Carlos Marx.

{Por *crítica* de una teoría entendemos principalmente su exposición rigurosa. Si una exposición así se logra, sólo ateniéndose estrictamente al concepto, y sólo a él, entonces lo libera, lo pone en acción. El concepto purifica la teoría, expurgándola del lastre doctrinario. Decimos entonces de la crítica lograda que fue inmanente, o intrínseca; y que, por serlo, resultó *transformativa*. Hay que subrayar esto: la transformación de la vieja versión de la verdad científica no se produce porque nos propusimos modificarla, sino que se debe a que nos ceñimos a ella: la crítica interna de la doctrina papal no es transformativa porque introduce consideraciones ajenas a esa doctrina, sino por ser (como se dice a veces, con un sarcasmo que aquí no cabe) "más papista que el Papa". No se crea que por esto la nueva versión de la ciencia es definitiva, y puede abroquelarse, ahora sí, como doctrina verdadera. De ningún modo: el fruto de la crítica no es inmune a una nueva crítica; su triunfo es el triunfo del concepto, que proseguirá actualizándose, porque recapitula la experiencia de la clase universal. Su mutación incesante e irreversible es expresión necesaria del movimiento del cambio social.}

{Pero la ciencia es siempre, necesariamente, crítica. ¿Porqué, entonces, insistir en que se trata de una *crítica*? ¿Porqué no llamarla sencillamente “economía política”, sin pleonismo? Es, en efecto, una expresión enfática: anteponer “crítica de” al nombre de la ciencia dirige la atención hacia una exigencia que otros olvidaron, hacia un contenido muerto, y se anuncia el propósito de honrarla y revivirlo. La justificación del pleonismo nos remite a la historia.}

La ciencia económica moderna -la economía política- nació como expresión intelectual de la burguesía, cuando la burguesía era todavía políticamente revolucionaria (siglos XVII y XVIII). Más tarde -a partir de las primeras décadas del siglo XIX-, por razones que la misma *crítica* debe explicar, y discutiremos en el *Textucito*, la burguesía *dominante* desiste de profundizar y extender su propia revolución, y toma partido contra toda revolución: para empezar, contra la misma revolución burguesa. Es así como muy tempranamente la clase capitalista dejó de ser la clase universal, y ese honor supremo quedó vacante, hasta hoy.

Entonces, cuando eso fue un hecho: cuando la burguesía dominante dejó de ser una clase revolucionaria, es decir: cuando los intereses de esa clase social dejaron de coincidir con el interés general del progreso humano, tornándose en un interés meramente particular, mezquinamente defensivo; cuando, en definitiva, la burguesía agotó su condición histórica de clase universal, entonces su Estado, el Estado capitalista, ya no llegaría a ser nunca la realización consumada del Estado *moderno* surgido de la revolución burguesa, ya no alcanzaría a ser acorde con lo prometido y lo proclamado: la encarnación del interés común y la voluntad general, la expresión de la mayoría, el garante final de la libertad, la igualdad, y la fraternidad humanas...Asimismo, la democracia universal, la igualdad social, el progreso social, la civilización universal, el “mayor bienestar para el mayor número de gente”... El capitalismo ha instalado esos bienes como necesidad humana, ha mostrado un vislumbre de su realidad, ha creado las bases materiales para alcanzarlos, y se ha convertido él mismo en el obstáculo.

Y así como la burguesía retrocedería cobardemente ante su propia revolución política, también la economía política, ciencia burguesa por antonomasia, huiría de su propio contenido científico, perdería irremisiblemente el compromiso con la verdad, y sufriría en el orden de las ideas la misma corrupción, degradándose en doctrina. O, más determinadamente, en una pluralidad de doctrinas, aparentemente contrapuestas, pero complementarias en su aparente contraposición: la *ideología*, en efecto, se desdobra en un juego de doctrinas, y sólo entonces puede tener eficacia devastadora: con un discurso de derecha, y otro de izquierda.

La doctrina es la forma en que la ideología, el punto de vista, la visión del mundo, etc., de una clase particular, se disfraza de ciencia, en procura de legitimación. La crítica de la economía política tiene que ser entonces la prosecución de la ciencia misma que se emancipa de la ideología. La ciencia expresa el interés de la humanidad, que en la sociedad de clases se concreta en el interés de la clase universal, de la clase revolucionaria.

Cuando la burguesía deja de ser una clase revolucionaria, es decir: cuando los intereses de esa clase social dejan de coincidir con el interés general del progreso humano, y se degradan reduciéndose a un interés particular; cuando, en definitiva, la burguesía agotó su condición histórica de clase universal, entonces su orden político y jurídico, y, paralelamente, su ciencia económica, cesan de progresar, y su corrupción comienza.

Se pone entonces en evidencia que Estado moderno, surgido de la revolución burguesa, no es ni será nunca lo que había prometido ser: la encarnación del interés general y la voluntad de todos, el garante final de la ley igual para todos, y del máximo bienestar para la mayoría. Los valores inseparables e irrenunciables de la revolución burguesa serán mancillados y traicionados por la misma burguesía, y deberán ser recogidas por una nueva clase universal, y realizados en una nueva civilización, con un fundamento económico posibilitado por el desarrollo capitalista, pero surgido, como culminación de ese desarrollo, de la *extinción* y la superación del capital: ¡democracia, libertad, igualdad social, fraternidad universal!

Sólo con la complicidad de una ciencia social degradada en doctrina, el Estado capitalista conserva anacrónicamente, todavía por dos siglos, hasta nuestros días, la *apariencia* de Estado moderno; falsa forma, ilusión ideológica, espejismo engañoso, apariencia de lo que el Estado capitalista no es: garantía de progreso y bienestar para la mayoría, encarnación de esos altos valores de la civilización moderna.

La crítica de la economía política es la prosecución de la ciencia misma que se emancipa de la ideología. Renacido como crítica, y por medio de ella, el saber universal, en incesante transformación, es decir, la ciencia misma, ya no será expresión de la misma clase social que lo liberó del mito y de la religión: la burguesía, sino de otra clase, que se apronta para devenir universal, y para hacerse cargo del *relevo histórico*.

Antes de seguir adelante, debemos recordar al fundador de la gran empresa a la que quisiéramos aportar: sin duda, la mayor de nuestra era.

\*

La economía política burguesa culmina a comienzos del siglo XIX, en la obra de David Ricardo. Y, casi al mismo tiempo -en los escritos de ese mismo autor, pero más acentuadamente en los de su escuela- vacila ante sus propias realizaciones, y retrocede. Su degradación ideológica se acelera.

La odisea histórica de la clase trabajadora comenzó por ese entonces con la organización y la lucha de los obreros asalariados por mejorar su situación dentro de la civilización burguesa. Así, junto con el capitalismo industrial, nació el *socialismo*.

El socialismo era ya el anuncio de que el capitalismo se ha convertido en el obstáculo para la realización de esos altos bienes proclamados por la revolución burguesa. Pero, con toda su indignación moral ante los abusos del capital y las injusticias de la explotación, con toda su voluntad de lucha por un mundo mejor, había nacido en el marco de la ideología burguesa y no sabría concebir ese mundo sino en este horizonte estrecho. También el socialismo toma la forma de doctrina, y en la era del capital toda doctrina (que cristaliza como tal) es tributaria de la ideología del capital.

Es verdad que esta doctrina, incluso si se degrada en dogma, expresa esperanzas y voluntad de cambio de una clase nacida como consecuencia del desarrollo del capital, pero cuya vida civilizada incluso según los estándares capitalistas es incompatible con el capitalismo. De suyo, sin embargo, la doctrina socialista es un componente necesario de la ideología del capital. Pues ni siquiera la concepción de un orden social superior, más racional, más justo, es suficiente por sí misma para abrir una perspectiva de desarrollo histórico que trascienda los límites de la sociedad burguesa.

A la sazón, dos jóvenes llamados, respectivamente, Federico y Carlos, sin conocerse aún, estudiaban con apasionado afán el legado de la filosofía alemana {la cual fue uno de los mayores logros intelectuales de la revolución burguesa, junto con las letras y las artes del Siglo de las Luces, y con las ciencias de la Ilustración, entre las cuales se destaca la economía política misma}. Cuando por fin los futuros fundadores del socialismo científico se conocieron personalmente, descubrieron con júbilo que habían llegado por caminos confluyentes a todo un mundo de descubrimientos cuyo significado y alcance, sin embargo, sólo habrían de revelárseles más tarde, después de muchos años de colaboración fructífera.

A partir de esos primeros resultados, la carrera de uno de ellos, Carlos Marx, culminaría luego, en la segunda mitad del siglo, en una obra destinada a dar nuevo impulso científico a la ciencia económica, por entonces desacreditada y agonizante. Principalmente a la luz de sus obras posteriores, hoy podemos indicar en qué consistió el hallazgo de esos jóvenes, tal como lo formularían hacia mediados del siglo: en que la clave de la estrategia de la revolución proletaria, y por ende el fundamento teórico del socialismo científico, debe buscarse por medio de la crítica de la economía política.

Hoy estamos en la víspera de un período de transición, generado por el desarrollo histórico del sistema mundial capitalista; en este período que comienza, la clase trabajadora formada durante dos siglos por el capital industrial, se estará preparando para hacerse cargo del relevo histórico. Por eso, la ciencia económica tiene que ser crítica: no para acoplarse al punto de vista de una clase particular, sino para ser ciencia.

\*

Ninguna revolución social fue igual a otra, pero las grandes revoluciones que transformaron el mundo humano tuvieron rasgos en común. Cada gran era histórica resuelve un problema que la anterior no pudo resolver, y crea otro al que ella misma no podrá dar solución. La sociedad que envejece incuba una nueva, que tarde o temprano, *pero no antes de estar en condiciones de sostenerse*, saldrá de la "cáscara" política y jurídica, en la que venía desarrollándose. Las grandes revoluciones conmueven el orden social existente hasta sus raíces, a la vez que uno nuevo brota de sus entrañas, e inicia la nueva era.

El éxito histórico de una revolución social se prueba según en su capacidad de superar los problemas que ahogaban al viejo régimen. La clase destinada a dirigir la próxima transformación social estará tanto mejor preparada para ello si, todavía dentro de los límites del sistema social que se le torna cada vez más agobiante y estrecho, ha avanzado ya en la creación de la nueva forma histórica de vida humana.

Por eso, puede no ser suficiente que una gran conmoción política rompa la vieja "cáscara" y lleve a las masas y sus dirigentes políticos al poder. *Además* es necesario que una nueva manera de vida y un nuevo principio de organización social se hayan formado y estén -ya lo dijimos- en condiciones de sostenerse... más allá del fervor popular y del apoyo circunstancial de los aliados. Toda revolución política triunfante tiene un plazo para sostenerse, o sucumbir. Este plazo, en una sociedad compleja, como la que resulta del capitalismo totalmente desplegado, es muy, pero muy exiguo, apenas más que virtual. Pero todo dependerá de la solidez del nuevo sistema que se echa a andar, de su capacidad de concitar un mundo de capacidades humanas infinitas, y darles ocasión concreta de realizarse. El nuevo sistema de vida social tiene que ser lo bastante robusto como para echar a andar, y tiene que serlo ya, o casi ya. Esto es imposible si la criatura recién parida no ha madurado antes hasta el punto de ser viable. Tal es el marco en el que la TPO cobra plena vigencia.

\*

{Algo semejante (salvando la diferencia) ocurrió, en sus primeros tiempos, con el orden burgués, que se venía incubando en el mundo antiguo y medieval desde siglos antes del triunfo de las revoluciones burguesas que inauguraron la época moderna. La vida y la mentalidad burguesas se distinguen ya inconfundiblemente en la Baja Edad Media, en ciertas ciudades comerciales europeas. Como todos los grandes sistemas de producción que conllevan un cambio radical en el modo de vida humano, el sistema capitalista tuvo varios arranques en falso antes de implantarse con vigor y establecer su era histórica. Varios “pichones” inviábiles rompieron el cascarón antes de tiempo. Sea como fuere, cuando la revolución burguesa moderna destruyó finalmente el viejo régimen político y construyó un Estado de forma *moderna*, totalmente inédita, a imagen y semejanza de la nueva clase dominante, ya su sistema económico venía creciendo con tal vigor que se extendía a toda la Tierra , y no había poder en el mundo que pudiera impedir su realización... Y no lo habrá, hasta que el mismo sistema capitalista creara su propio relevo histórico, sembrando así la semilla de una nueva revolución.}

\*

Así como antes de inaugurar la era moderna el capitalismo la revolución burguesa abortó varias veces antes de consumarse, así también en la breve historia de dos siglos del capitalismo industrial la revolución socialista se anunció varias veces como un hecho. Hoy la clase trabajadora tiene la necesidad ineludible de comprender las circunstancias de los arranques en falso que tuvo el socialismo, en los siglos XIX y XX. La cuestión está en el centro de la TPO.

Por de pronto, *también* la revolución burguesa sufrió grandes reveses, que en cada caso parecían hundirla para siempre. Pero la economía burguesa y la cultura moderna seguían madurando: primero intermitentemente, con largos intervalos de vida latente; luego en forma continua y progresiva a partir de los siglos XV y XVI (Renacimiento, Reforma)...

A pesar de sus tropiezos y sus fracasos políticos, y a despecho de sus enemigos todopoderosos, la revolución burguesa proseguía su marcha en otros campos; entre ellos, en el de la Filosofía, donde se elaboraba la teoría necesaria para que los actores de la

próxima embestida histórica supieran más claramente *quiénes eran, qué querían, por qué y para qué luchaban, y cómo debían hacerlo* en adelante. La filosofía política burguesa instalaría en la conciencia humana para siempre la necesidad de civilización democrática.

La teoría era entonces una necesidad de la revolución moderna: sólo ella puede atesorar la experiencia universal de la clase revolucionaria: su síntesis actualizada, su crítica permanente, su concepto. ¿Hace falta señalar que esta exigencia es aún mayor en el caso de la revolución socialista?

\*

El evento decisivo de la futura revolución será -¡lo es ya!- la apropiación por la clase trabajadora de sus propias capacidades productivas. Ese proceso está precedido y, en un comienzo, presidido, por el desarrollo de esas capacidades, no como capacidades de los trabajadores, sino -como lo es todavía- como capacidades del capital. El capitalismo no educa a los trabajadores para que se liberen del capital, sino, por el contrario, para servirlo. Es verdad que el capitalismo forma a los trabajadores en la producción; pero los condiciona como productores en y para el capital, como productores de plusvalor-capital. Sus propias capacidades se desarrollaron no como suyas, sino como propias del capital.

El fracaso de las revoluciones socialistas de los siglos XIX y XX puso de manifiesto que los trabajadores no se habían preparado aún para apropiarse de sus capacidades productivas. No habían iniciado su formación, no habían creado sus prácticas, sus teorías, sus instituciones, como para tomar con plena conciencia y mano firme la nueva dirección de la vida económica. De hecho, sus dirigentes, incluso los que hoy más admiramos, eran esclavos de una doctrina que no prevé la iniciación de los trabajadores en la recuperación de sus capacidades productivas como parte de su preparación para la revolución política, *sino que la pospone* para después de la Revolución política.

\*

Con el *Textucito* estudiaremos la formación del capitalismo industrial tecnológicamente diferenciado: el escenario presente de la lucha de clases, del cambio histórico.

Comprenderemos que en nuestros días el mismo desarrollo capitalista ha preparado ya las condiciones de la *planificación obrera transicional*. Esto significa una nueva posibilidad, un nuevo horizonte, para el socialismo: sobre la base de la cabal comprensión de las nuevas estructuras económicas de la sociedad capitalista, los trabajadores pueden *iniciarse* en el control de la producción por medio de ejercicios de *planificación transicional*, aunque éstos no implican todavía la administración directa de los recursos económicos. Esas tareas no reemplazarán las luchas que llevan a cabo los trabajadores en defensa de sus intereses inmediatos y sus derechos consagrados dentro del régimen capitalista, para mejorar su situación dentro del sistema; por el contrario, darán nuevo impulso a esas luchas, nuevas fuerzas a los trabajadores más avanzados frente a la clase capitalista, nuevas posibilidades de pasar de la reivindicación defensiva a tomar la delantera e imponer su agenda, y, en consecuencia, nuevo poder de liderazgo ante otros sectores populares, integrantes también ellos de la clase trabajadora en un sentido más amplio. En definitiva, el grado de avance alcanzado por los trabajadores en ese proceso es decisivo para determinar la suerte y el desenlace de sus luchas. Mientras el programa socialista carezca de estrategia revolucionaria, y mientras ésta no se apoye en la cabal comprensión de las leyes de cambio histórico del sistema, toda la combatividad obrera y popular, la más firme voluntad revolucionaria de sus dirigentes, la más templada disciplina de sus cuadros, la abnegación de sus militantes, el apoyo de sus partidarios, y sus partidarios, todo es insuficiente para dar a luz una nueva sociedad, una civilización universal.

Lo que condena al socialismo al languidecimiento intelectual, al atraso teórico, a la postración moral; lo que lo mantiene en la condición poco respetable de socialismo ingenuo; y, en definitiva, lo que lo vuelve un ingrediente necesario de la ideología del capital; lo que pone su combatividad y su denuncia de los excesos del sistema al servicio en última instancia del sistema y sus excesos; lo que convierte sus convocatorias y sus llamados a la revolución en garantías supremas contra la revolución por la que clama; su condición, que da cuenta de todos esos efectos seguramente no deseados por sus exponentes más honestos, no es que su discurso sea por fuerza servil, conciliador y

apologético (como sin embargo llega a serlo): es únicamente su esterilidad en materia de estrategia.

La TPO explicará cómo y porqué necesariamente el desarrollo del capital ha venido creando las estructuras económicas necesarias para la revolución socialista, y en qué consisten las nuevas condiciones en que se debe dar la lucha de clases en los comienzos del siglo XXI, cómo esas estructuras ofrecen sustento firme para una nueva dimensión de la militancia socialista.

Pero he aquí la paradoja del socialismo en este instante histórico: mientras mayor es su proximidad y su vigencia histórica, más lejano parece, más imposible. Al punto que se tiene por un hecho concluyentemente establecido que el socialismo fracasó, definitivamente. Contribuye a esta alucinación ideológica, que hace ver las cosas el revés, en primer lugar la misma doctrina socialista, atascada de categorías obsoletas, de nociones que corresponden a una teoría económica estancada desde hace más de un siglo, que no ha sabido tomar en cuenta las inéditas conmociones internas que transformaron el sistema capitalista. De ellas se ocupará la TPO.

Explicará también cómo y porqué pudo fijarse persistentemente en la conciencia de los militantes la noción equivocada y peligrosa según la cual para tomar el gobierno de la economía los trabajadores no necesitan prepararse conciente y deliberadamente, sino que llegado el caso del triunfo político, o de la contingencia de una crisis, podrán hacerse sin más del control de la producción, apropiándose de sus “propias” fuerzas productivas, con sólo tomar las fábricas; apoderándose así en un único acto de los objetos inanimados (plantas industriales, líneas de equipamiento, instalaciones de infraestructura, tierras, yacimientos minerales), que fueron medios materiales de su trabajo como asalariados del patrón capitalista. Esta conciencia identifica la propiedad de los medios de trabajo con su posesión, y ésta con el control de la producción. La TPO disipará tales confusiones, pero a la vez las explicará como en un todo acordes con el atraso de la teoría; más particularmente, con la persistencia doctrinaria de la teoría económica detenida en un estadio abstracto, que no toma en cuenta aún las nuevas estructuras del capital, que

resultaron de las leyes de transformación del sistema capitalista, a pesar de que estas tendencias inmanentes al sistema se han expresado ya, y sus formas inequívocas predominan en la realidad presente. En ese estadio está la teoría que nuestra generación ha recibido.

Retomándola, se comprenderá también que ese fetichismo del capital, que hoy obnubila la doctrina, y la vuelve anacrónica, tiene su justificación práctica en un estadio anterior del capitalismo industrial, cuando el proceso de diferenciación tecnológica del capital industrial no se había expresado aún en su pleno despliegue histórico.

Las revoluciones acaecidas en tiempos y regiones de capitalismo industrial atrasado parecieron brindar a los trabajadores la posibilidad inmediata de hacerse de sus capacidades productivas escasamente desarrolladas, mediante el expediente directo de ocupar las instalaciones y los instrumentos de trabajo. Esta experiencia dio pábulo a la idea de que los trabajadores pueden hacer otro tanto en las empresas capitalistas más desarrolladas y por ende en economías más complejas, *sin organización y educación previas, sin ejercitar antes la planificación, sin crear previamente las instituciones de representación democrática inseparables de la planificación obrera.*

Se pensó alguna vez que el mismo desarrollo histórico que formó la clase trabajadora la prepararía para la revolución. Hoy sabemos que esa preparación no ha sido suficiente, sino que es menester que los trabajadores tomen en sus manos su *reeducación*: por voluntad y esfuerzo propio, con plena conciencia de su propósito, para ponerse a la altura de sí mismos, de su papel histórico trascendental.

Ahora la clase trabajadora tiene que completar esa preparación de un modo activo y conciente. Sabemos también que esa educación no se logra sin el estudio, pero tampoco únicamente por medio del estudio. La lucha, junto con la planificación transicional, son las “materias” básicas de la formación obrera socialista. La Revolución será la eclosión de esta forma de vida que comienza a desarrollarse en el capitalismo de transición, su desenlace necesario, su expresión política incontenible.

Pero la TPO -por de pronto, el *Textucito*- mostrará que la idea de una revolución abstractamente política, como primera etapa para que luego, el futuro Estado, tome a su cargo la planificación económica, sólo puede encerrar a la clase trabajadora dentro del ámbito igualmente abstracto, inevitablemente estéril, de la política burguesa. La ideología ofrece para aventar la rebeldía un menú variado de expresiones estériles, de manifestaciones desgastantes. Todas ellas se nutren del retraso que padece la teoría crítica, sacan provecho de los últimos destellos de ilusión ingenua que todavía irradia el Estado capitalista. Una expresión política de esta ingenuidad es el *peticionismo*.

{La trampa ideológica se monta sobre la ignorancia de la doctrina acerca de la realidad de las nuevas estructuras sociales y económicas, y a la vez contribuye a encubrirlas. Como se verá luego más claramente, la diferenciación del capital elimina la diferenciación de la sociedad moderna en dos ámbitos, el de la vida privada y el de la vida pública. En la nueva estructura social, en consecuencia, ¡tanto la sociedad civil como el Estado moderno desaparecen! Esto no significa, ni mucho menos, la desaparición del Estado capitalista, sino la extinción de su forma civilizada. El poder político es subsumido-también formalmente- por el poder del capital.

Así, el desarrollo del sistema es inherentemente contradictorio: el poder político emana cada vez más directamente del capital, minando sus propias bases. A la vez que en el campo de la política se instala la administración de espejismos ideológicos, que mimetizan los rituales de la democracia moderna, efectivos, es verdad, pero de suyo banales, la política verdadera se dirime en las entrañas del proceso del capital: es allí donde se instala la planificación obrera de transición.}

El triunfo de la fórmula fetichista fue históricamente efímero y geográficamente circunscrito. Sin embargo, y ello da testimonio nuevamente del nefasto letargo de la reflexión teórica, la fórmula misma quedó grabada en la ideología del siglo, que la tuvo como la única prescripción atribuible al socialismo científico. Y quedaría unida a otros prejuicios de la ideología presente, basados también, como la misma fórmula, en una

teoría anacrónica, prolongadamente detenida en las primeras formulaciones de la crítica de la economía política.

\*

El tardío pero irreversible desencanto emanado del “socialismo real” del siglo XX dio un giro sombrío a esos prejuicios: si la única fórmula verdadera fracasó, entonces la realidad nos impone, o la negación abstracta del capitalismo, o su aceptación desesperanzada; y no nos cabe sino procurar alguna mejora posible, para atenuar el desastre que conlleva el sistema.

La doctrina se mantuvo estéril, incapaz de explicar la tragedia de la Unión Soviética, y la degradación del “comunismo”. Enmudeció del todo ante el mayor fracaso: ¡la gran Revolución que no fue!

La TPO debe abordar sobre todo el problema eludido por la doctrina, el enigma histórico principal del siglo XX. La derrota de la Social Democracia Alemana no fue meramente política: el mayor partido portaestandarte del Socialismo se hundió en el oprobio moral, quedó manchado por la traición, entró en la bancarrota teórica, de la que nunca saldría. El desastre que siguió a esto fue infinitamente peor: el impulso popular no realizado se trocó en el infierno más atroz...

Sería inútil e injusto achacar esos fracasos a los líderes de entonces. De hecho, *el desarrollo capitalista no había creado todavía* las bases de la planificación obrera.

Hoy, así como comprendamos más acabadamente las leyes de desarrollo capitalista, y, más particularmente, las leyes de transformación de este sistema, leyes que se le imponen como consecuencia inevitable de su mismo proceso de desarrollo, la misión de los socialistas no es predicar un socialismo sin revolución política, como tampoco “llamar” a una revolución abstracta, sino brindar la teoría y la dirección necesarias para que la revolución *exprese y realice la transición al socialismo*.

El poder del viejo Estado para resistir la creación del nuevo Estado será tanto mayor cuanto menos preparada esté la clase trabajadora para iniciar una nueva economía, una

nueva forma de realizar la producción, una nueva vida política, un nuevo Estado; correlativamente, la clase capitalista estará más dividida, su capacidad y voluntad de resistencia será tanto menor, cuanto más haya madurado el proceso de transición. Hoy, el proceso histórico de diferenciación del capital ya hizo lo suyo: en adelante, esa maduración dependerá principalmente del progreso de la clase trabajadora en su propia educación, en su propia formación teórica; de sus logros en la concepción de futuras instituciones, en una u otra forma, por cierto, germinal; y, en definitiva, de los avances conceptuales y técnicos y, principalmente, políticos, de sus destacamentos más avanzados, en torno de la planificación obrera transicional.

\*

{La crítica de la economía política descubre y explica el valor estratégico de la planificación obrera transicional, pero a la vez, revela en ella su propio significado: lo hace retrospectivamente, porque ella misma, tal como fue fundada por Carlos Marx, fue un paso inicial de la gesta histórica por la que la clase trabajadora comienza a apropiarse de las capacidades productivas de la humanidad... y, a la vez, su primera gran conquista.

Pero esto no es todo. La experiencia de crítica de la economía política, ilustra una verdad fundamental de la Revolución: que si la clase trabajadora ha de heredar los frutos de la civilización moderna, no puede limitarse a recogerlos tal como los encuentra, en la forma que les dio la sociedad capitalista, porque esa inmensa riqueza está minada y envenenada por la ideología. Debe apropiarse de los mejores frutos de la civilización capitalista de la misma manera en que el fundador del socialismo científico comenzó la apropiación de una ciencia particular: por medio de la crítica transformativa.

(Hemos hablado de la crítica calificándola de inmanente, transformativa, etc. También podemos llamarla *reeducativa*. La esclavitud prepara a los esclavos para ser esclavos. Los educa, a su manera, en la esclavitud y para la esclavitud. ¿Hace falta decir que lo mismo ocurre con el capital? La explotación no es sostenible sin dominación, y ésta requiere un cierto grado de consentimiento del explotado. Por cierto, esto no equivale a decir que el explotado lo es porque quiere: pero ha sido *educado* para la esclavitud. No concibe su vida

fuera de ella, ni su libertad concreta en una sociedad distinta de la sociedad de la esclavitud y la explotación.}

\*

En el siglo XIX *la revolución revolucionaba la teoría de la revolución*: los fundadores del socialismo científico investigaban sin cesar, y corregían sus ideas sobre la brasa viva del hecho histórico. Gracias a ellos, no obstante los fracasos de 1848 y 1871, el socialismo se agigantó en autoridad moral y en excelencia teórica. La teoría albergaba todavía su concepto vivo; el mismo que hoy clama por renovarse como síntesis de la experiencia universal de la clase trabajadora; como medio necesario e irremplazable en el cual esa clase acumula y enriquece su conciencia histórica.

Es verdad que todo gran fracaso de la revolución es un hecho gravísimo. Pero infinitamente peor que una derrota política y militar, es una derrota moral. Y si ésta se conjuga con la parálisis teórica, ello equivale a la catástrofe.

Esto último aconteció en las primeras décadas del siglo XX. Después de 1883 (fallecimiento de Carlos Marx) la teoría sufrió un rápido anquilosamiento. Pronto estaba convertida en doctrina, anquilosada en dogma: lo contrario de ciencia. El glorioso triunfo de la revolución rusa resultó efímero debido al retroceso ignominioso de la revolución alemana, que abrió el camino al nazismo y a los crímenes de la Segunda Guerra Mundial. Las secuelas de la derrota fueron las más espantosas.

La teoría socialista cayó más aún en un letargo secular, mientras el capitalismo sufría profundas transformaciones que lo ponían del todo fuera de la comprensión de la doctrina y el dogma.

Pero si los marxistas no supieron comprender cómo se transformaba el mundo, ni, menos aún, cómo cabe a la clase trabajadora prepararse para su revolución en las condiciones presentes, Marx había dejado la clave para la continuación de su obra y para la realización de su proyecto. En él se inscribe hoy la TPO, con la propuesta de *retomar* la crítica de la ciencia económica.

\*

¿Qué es el socialismo científico? Para el marxismo doctrinario la respuesta es que el fundamento científico del socialismo homónimo es el que ha tomado cuerpo en la obra de Carlo Marx, *donde alcanzó su "forma acabada"*. Lo dice así un exponente particularmente autorizado e influyente de la doctrina, uno de los que mayor respeto nos impone por la grandeza trágica de su carrera revolucionaria: "La anatomía del capitalismo, como etapa específica del desarrollo económico de la sociedad, nos fue dada por Marx en *El Capital* en su forma acabada".(\*) Debemos disentir: Marx no nos dejó una ciencia en su forma acabada. Con arreglo a la tesis de Marx, que adoptamos, la clase trabajadora constituida por el capital hallará la clave de su estrategia socialista por medio de la crítica de la economía política. Es, empero, un hecho cierto e indudable, que el mismo Marx no alcanzó a realizar esa crítica, ni siquiera en el marco de su propio plan de investigación. Pero formuló esa tesis, y luego hizo *no poco* por la crítica de la economía política: ¡la comenzó!

(\*) Trotsky, Leon *The Communist Manifesto Today*, Coyoacán, 30/10/1937. Mimeographed for the Worker's Vanguard Publishing Association, Canada, 1963.

\*

Lejos de haber alcanzado su *forma definitiva*, la teoría de Marx, en sus aspectos más originales y revolucionarios, está comenzada, y en muchos aspectos apenas sugerida, en sus escritos. Especialmente en aquéllos que compuso en sus años de madurez, encontramos el comienzo de una obra que hoy -¡todavía!- clama por ser *retomada*.

A riesgo de ser reiterativos, queremos recapitular nuestra interpretación anticipada, acerca del significado de "*crítica de la economía política*". Al anteponer el sustantivo "crítica" al nombre de la ciencia particular anunciamos que nos involucramos en el proceso de *relevo histórico*: la ciencia económica, que ha sufrido una degradación ideológica, se cobrará nuevamente su carácter científico, en la perspectiva histórica de una nueva clase universal, al tiempo que contribuye a constituir esa perspectiva. Y, en ese horizonte, activamos el olvidado pero siempre latente potencial revolucionario y emancipador del pensamiento científico.

Sin duda, esto significa en una sociedad de clases que la ciencia, pensamiento universal, no puede desplegarse plenamente sino como expresión intelectual de la clase universal, de la clase revolucionaria. En el caso particular de la economía política, esta ciencia nació en la época de las grandes revoluciones burguesas, como la ciencia paradigmáticamente burguesa. Pero, cuando esa clase social perdió ese carácter; cuando su ímpetu revolucionario se agotó para siempre, el carácter científico de doctrina económica en la que se expresaba su concepción del mundo quedó herido de muerte.

Una nueva clase nace y crece con el sistema capitalista, y se prepara para tomar el control de las fuerzas productivas de la humanidad. Comienza a hacerlo muy tempranamente. Uno de sus primeros pasos, que parece tan alejado tanto de la vida práctica de esta clase como de sus intereses concientes y manifiestos, es precisamente esa tarea iniciada nada menos que por Carlos Marx.

\*

El *Textucito* no hace, o apenas hace, referencia a autores y doctrinas (con la excepción de los párrafos introductorios que anteceden). Esta omisión es provisoria. Su propósito es bosquejar una argumentación en su despliegue rápido y mayormente completo, desde el comienzo los principales resultados de orden general.

Pero se trata de una peculiaridad del *Textucito*. La cultura socialista tiene como propia toda la riqueza intelectual burguesa, filosófica, científica, artística, viene produciendo ella misma una literatura propia, gigantesca. La crítica socialista tiene como un objeto principal, cada vez más importante, su propia obra. Más allá del propósito inmediato del *Textucito*, deberemos entendernos en seguida con textos ineludibles. Entre ellos, principalmente, la obra de madurez de Carlos Marx.

Pero esa tarea queda fuera del cometido del *Textucito* (que no por eso es más modesto en su propósito, ni menos comprometido). Si no pusiera este límite, crecería hasta alcanzar el tamaño de un tratado, como el *Testut*, o se fragmentaría en innumerables artículos y ensayos dedicados cada uno de ellos a temas particulares. Nos perderíamos en intrincados pormenores sin alcanzar una visión de conjunto de la estructura necesaria de la

exposición. Pero no hacemos “de la necesidad, virtud”: la ausencia de abundantes y detalladas referencias críticas a otros autores y otros escritos no es de suyo un mérito, sino un defecto serio del Textucito. Esa carencia no encuentra justificación en razones de principio, o método, etc., sino que se debe a una circunstancia muy peculiar del momento histórico presente: sobre todo, al insólito atraso y degradación que sufre la teoría socialista, unido a la necesidad urgente que tiene la clase trabajadora de ella.

\*

Se han acumulado demasiados problemas que no hallaron solución. Las doctrinas del siglo XX dejaron un tendal de modas pasajeras, que sembraron a la vez esperanza y confusión, pero más de lo segundo que de lo primero cuando abandonaron abruptamente en escenario sin formular claramente las limitaciones de la doctrina recibida, que se proponían superar; sin resolver los problemas que abordaron, sin colocar ninguno de los golpes que amagaron. Sus partidarios circunstanciales abandonaron la moda sin conceptualizarla. Hoy tenemos que volver sobre muchas de ellas, desarmarlas a ver si contenían ideas, aportes. Pero el cúmulo de renacimientos abortados que se acumuló es casi abrumador. El espantoso atraso que sufre la teoría revolucionaria exige una trama tan densa e intrincada de aclaraciones y explicaciones que hoy comprometería la posibilidad de lo que nos parece más urgente: recapitular siquiera a grandes trazos la trayectoria de los conceptos, desplegar hasta donde podemos su envergadura y desarrollo completos, y explorar sus consecuencias, su desenlace en unos pocos lineamientos estratégicos que por sí mismos, aunque necesitan de mucho más desarrollo particularizado, arrojen luz sobre las perspectivas y las direcciones generales de las tareas preparatorias de la revolución.

Aunque sin abocarse directamente a esa tarea tan ingente, el Textucito puede aportar a ella. En efecto: cualquier doctrina socialista suficientemente articulada nos permite rastrear en ella las huellas de una *teoría económica*, acaso implícita, que da cuenta de una determinada concepción del mundo social, y de su historia. Algunos de los exponentes de tales doctrinas están más al tanto de esa raíz; otros, menos. Si uno de ellos supiera explicar su fundamento económico, exponer sus estrategias políticas como consecuencia del

mismo, y para ello lo expusiera críticamente “sin detenerse ante nada”, entonces el concepto despertaría del letargo dogmático, y, elevándose sobre el horizonte chato de la doctrina.

Es precisamente por esto que la crítica interna de la economía política es el camino más seguro y riguroso para saldar cuentas con las doctrinas. Las teorías económicas identificadas como el soporte de distintas doctrinas socialistas son subsumidas por la crítica en el concepto vivo. Y ésta es la piedra de toque: tales doctrinas se basan en una teoría económica abstracta, o en una versión aún poco desarrollada de esa crítica, que no permite comprender el papel de la planificación obrera en la preparación de la revolución socialista. Tal el recurso que intentará el Textucito, para alcanzar por un atajo a la crítica del cuerpo doctrinario más influyente, casi sin necesidad de mencionarlo, sólo mediante un bosquejo general de la crítica de la economía política.

[[Nota. Aquí termina el primer TEXTITO. Los sucesivos seguirán el programa TPO. Después de cada envío espero la reacción de ustedes, el diálogo. Puede ser que con cada entrega vaya una versión corregida de algún Textito anterior, de modo que el que vale es siempre el último que mandé.]]